

abrazado, sepan apreciar, aun en los ramos de lujo y recreo, lo que es realmente bueno, por estar de acuerdo con las reglas eternas del órden. Si merece su aprobacion este ensayo, no tardaremos en ofrecerles las obras maestras de la misma pluma.

## EL TALISMAN.

### CUENTO DEL TIEMPO DE LAS CRUZADAS.

#### CAPITULO PRIMERO.

Aun no habia llegado el sol á la mitad de su carrera en el cielo ardiente de Siria, cuando un caballero de la Cruz-Roja, que habia abandonado el techo paterno, situado en el norte de la Europa, para seguir á los

cruzados en Palestina, atravesaba lentamente los arenosos desiertos que rodean al mar Muerto, llamado tambien lago Asfaltites, donde las aguas del Jordan se acumulan en un mar aislado, que no envia á otro alguno el tributo de sus olas.

El guerrero peregrino habia caminado durante la primera parte de la mañana entre rocas, precipicios y ásperos desfiladeros, de los que habia salido á la gran llanura en que las ciudades malditas provocaron en otros tiempos, la directa y terrible venganza del Omnipotente.

El cansancio, la sed, los peligros de la jornada se borraron de la imaginacion del viajero al recordar la catástrofe espantosa que habia convertido en árido y triste desierto, el fértil y hermoso valle de Siddim, regado antes como el jardin del Señor, y hoy reducido á una soledad quemada por los rayos del sol, y condenada á esterilidad perpetua.

Al ver la negra masa de sus aguas, que ni en color ni en calidad se parecen á las otras que fecundan la superficie de la tierra, el

adalid cristiano hizo la señal de la cruz, ni pudo preservarse de un sentimiento de horror al considerar que debajo de aquella linfa espesa yacian las antes soberbias ciudades de la llanura, á las que abrió vasto sepulcro el rayo del cielo ó la erupcion de los fuegos subterráneos, y cuyas ruinas estan cubiertas por una mar que no alimenta peces en su seno, que no sufre quilla alguna en su espalda, y que no divide sus corrientes con el Océano, como si su lecho maldito fuese el único receptáculo digno de sus fangosas aguas. La tierra circunvecina era, como en los dias de Moises, sal y azufre; ni se siembra, ni se labra, ni crece yerba alguna en su superficie. Tambien ella podria llamarse muerta, puesto que nada produce que se asemeje á la vegetacion, y ni aun el aire consiente á sus ligeros habitantes, que huyen del olor del azufre y del betun, extraidos por el sol de las aguas del lago, y reunidos en nubes que presentan á veces las formas mas espantosas. Las masas voluminosas de la sustancia llamada nafta, que nadan pau-

sadamente en las sucias aguas del lago, suministran nuevos vapores á las nubes, y testifican la verdad de la historia de Moises.

Brillaba el sol con insoportable ardor en esta escena de desolacion y de ruina, y parecia que la naturaleza animada se escondia de sus rayos, excepto la figura solitaria que caminaba á paso lento por la arena, y que era el único ser dotado de vida que se percibiese en la vasta anchura del llano. El traje del ginete y el arnes del caballo no eran por cierto para viajar en semejante pais. Ademas de la cota de malla, con guantes y peto de acero que ya formaban una armadura de considerable peso, llevaba pendiente del cuello el escudo triangular, y en la cabeza el casco de barras de hierro, del que colgaba un collar de malla, que le cubria el cuello y los hombros, llenando el espacio que dejaban descubierto el peto y el espaldar. Defendian la parte inferior del cuerpo unos calzones largos de malla y borceguíes de acero, correspondientes á los guantes. Pendia del lado izquierdo una ancha y aguda espada de

dos filos, con el puño en forma de cruz; al lado derecho el puñal se sostenia en el cinturón. Iba asegurada en la silla, y apoyada en el estribo, la larga y puntiaguda lanza, con su banderola en la punta, que permanecia inmóvil en la calma, y ondeaba ligeramente cuando la impulsaba el viento. Añádase á este atavío la sobreveste de paño bordado, que aunque sobradamente traída, preservaba á la armadura de la accion del sol, que sin esta precaucion hubiera sido intolerable. Véase en la sobreveste el escudo de armas del caballero, gastado por el tiempo, pero que descubria aun un leopardo dormido con la divisa: *Duermo; no me despiertes*. La misma pintura llevaba el escudo triangular; bien que los golpes de las armas enemigas lo habian horrado en gran parte. La cimera del casco no llevaba creston. Tal era, por lo comun, el equipo con que los caballeros cruzados arrostraban los rigores del clima y de la tierra, en que iban á buscar hazañas.

No era menos macizo el adorno del caba-

llo. La silla, cubierta de planchas de acero, sostenia por delante un ancho pretal, y por detras dos piezas de defensa para los costados y el cuarto trasero. Al pomo de la silla iba atada la maza de armas, ó martillo de hierro; las riendas eran cadenas del mismo metal; la frontera se componia de una cubierta de acero, con aberturas para los ojos y la nariz, y de en medio de ella salia una larga punta, dispuesta á guisa del asta del fabuloso unicornio.

El hábito habia convertido en necesidad este molesto aparato, tanto al caballo, como al ginete. Cierta es que muchos de los guerreros de Occidente morian antes de acostumbrarse al calor de Palestina; mas para otros muchos aquel clima era no solo benigno, sino favorable, y en este número se hallaba el solitario caballero á quien hemos dejado á orillas del mar Muerto.

La naturaleza habia dado á sus miembros aquellas proporciones que indican fuerza y vigor: asi es que con tanta holgura sobrellevaba el peso de su casco, como si fuera

de delicada tela. A la firmeza de sus miembros correspondia la de su constitucion, capaz de sufrir todas las mudanzas del clima, y las mas duras penalidades. Su índole participaba en cierto modo de sus prendas exteriores, pues asi como estas reunian con el sufrimiento y la robustez, la mas infatigable actividad, en aquella se juntaban inalterable mesura y sed inextinguible de gloria y de nombradía; dotes que caracterizaban la raza de los Normandos, y que les habian dado la soberanía de todos los pueblos que habian experimentado los rigores de sus aceros.

No todos ellos, sin embargo, recibieron amplio galardón de sus proezas; las del caballero del Leopardo solo le habian valido, durante dos años de campaña en Palestina, fama mundana y recompensas espirituales. Su reducida provision de dinero se habia agotado, y no sabia emplear para suplirla ninguno de los medios de que echaban mano muchos de los que seguian la bandera de la cruz. Ni exigia donativos de los habitantes, en cambio de respetar sus posesiones, cuando

se hallaban cerca de la escena de los combates, ni habia tenido oportunidad de enriquecerse con el rescate de algun personage cautivo. El reducido número de compañeros que habian salido con él del asilo paterno, y seguidole en sus correrías y aventuras, habia ido disminuyendo poco á poco. Solo le quedaba un escudero, que se hallaba gravemente enfermo á la sazón, y que por este motivo habia dejado solo á su amo; mas nada importaba esto á un caballero cruzado, que no creia poder hallar defensa mas segura que su espada, ni mejor compañía que sus devotos pensamientos.

Sin embargo, la naturaleza necesita de holganza y de reposo, y el caballero del Leopardo no estaba exento de esta ley comun, á pesar de sus músculos de hierro, y de su temple sufrido. Bajaba ya el astro del dia hácia el horizonte, y el guerrero se habia alejado algun tanto del mar Muerto, dejándolo á su mano derecha, cuando descubrió los palmeros que sombreaban la fuente á cuya márgen habia pensado sestear. El ca-

ballo, que en la jornada del dia habia imitado la paciente mesura de su amo, alzó el cuello, hinchó la nariz y aligeró el paso, como ansioso de llegar á la frescura que de lejos aspiraba; mas estaba escrito que antes de llegar al sitio deseado, caballo y ginete debian pasar nuevos riesgos y vencer nuevos obstáculos.

Mientras el caballero del Leopardo tenia la vista fija en los palmeros, parecióle distinguir un bulto que por entre ellos y detras de ellos se movia. Aquel objeto distante se desvió de los árboles que le ocultaban, y se adelantó hácia el caballero con tanta prontitud, que muy en breve pudo este distinguir un ginete, cuyo turbante, lanza y el verde caftan que ondeaba á impulso del viento, denotaban ser un adalid sarraceno. « En el desierto, dice el proverbio de Oriente, no hay amigos. » Poco se curaba el caballero de que el infiel que se le acercaba, como si tuviese alas su trotero, viniese de paz ó de guerra, aunque habria preferido esta última á fe de campeón de la cruz. Desató la correa

de su lanza; tomola en su mano derecha; púsola en ristre; recogió las riendas con la izquierda; arrimó las espuelas al caballo, y se dispuso á recibir al desconocido, con la tranquila seguridad que convenia al que en tantos encuentros habia salido victorioso.

El Sarraceno se adelantaba á galope tendido, ostentando toda la destreza de un ginetete árabe, y dirigiendo los movimientos de su caballo, mas bien con las inflexiones de su cuerpo que con el uso de las riendas, las cuales pendian flojamente de sus manos. Al mismo tiempo, como para evitar los golpes de la formidable lanza del soldado de Occidente, cubriase el cuerpo con la ligera rodela de piel de rinoceronte, adornada con chapas de luciente plata. No enristraba la lanza como su adversario, sino que la sostenia casi perpendicular con la mano derecha, manteniendo su punta hácia arriba, algo mas alta que el turbante. Parecia natural que, viendo acercarse al enemigo con tanta violencia, el caballero del Leopardo saliese á su encuentro con no menos precipitacion. Mas

el cristiano, que no ignoraba las prácticas de los guerreros de Oriente, no quiso fatigar al caballo con esfuerzos inútiles. Mantúvose firme, confiado en que si el enemigo le acometia, su propio peso y el de su caballo le darian sobrada ventaja, sin necesidad de mayor impulso. Temeroso de este resultado, el Sarraceno, cuando se halló á distancia de dos lanzas de su contrario, mudó de direccion con inimitable destreza, y giró dos veces en torno del cristiano, el cual haciéndole siempre rostro, frustró su intento de cogerle desprevenido: visto lo cual por el infiel, retiróse á obra de cien varas de distancia. Segunda vez renovó su empeño el Moro, con la prontitud del ave de rapiña que se lanza á la presa, y segunda vez se tuvo que retirar, sin ser osado á atacar cuerpo á cuerpo. Acercóse tercera vez del mismo modo, y el cruzado impaciente y deseando poner fin á una escaramuza que podria terminar en daño suyo, si su ligero enemigo lograba cansarle, le arrojó de pronto la enorme maza que del pomo de la silla pendia, con tanta firmeza y

tino, que fué en derechura á su cabeza. El Sarraceno tuvo apenas tiempo de guarecerse con el escudo; mas sirvióle de poco, pues el golpe rechazó el escudo contra el turbante, y aunque este amortiguó la violencia del arma, no le preservó de caer de la silla. Antes que el cristiano pudiese aprovecharse de la ventaja que le daba esta caída, el Moro se alzó del suelo, dió un grito al caballo, y habiendo acudido este al llamamiento, su agilísimo dueño volvió á colocarse en la silla, sin tocar con el pie en el estribo. El del Leopardo recobró su maza, y el Moro, que no olvidaba el tino con que sabia manejarla, usó de mayor cautela que en su primer encuentro, disponiéndose entre tanto á manejar las armas mas usadas entre las gentes de aquel pais: asi que, plantando la lanza en la arena á cierta distancia del campo de batalla, y desatando un arco pequeño que llevaba pendiente de la espalda, se echó á galopar de nuevo al rededor del Europeo, describiendo círculos mas extendidos que en la primera ocasion, y arrojando entre tanto seis flechas

con tanta seguridad, que si el cristiano no recibió otras tantas heridas, fué porque le defendió la fuerte contextura de su cota de malla. La séptima flecha debió de encontrar la parte mas indefensa de la armadura, puesto que el cristiano cayó del caballo, dando un golpe tremendo. Mas ¡cuál fué la sorpresa del infiel, cuando al desmontarse para examinar la condicion de su rendido adversario, se halló de pronto fuertemente preso en sus manos! La caída en efecto no habia sido mas que una estratagema de que se valió el del Leopardo para atraer á su enemigo, el cual sirviéndose otra vez de su ligereza y presencia de espíritu, desató el cinturón del que pendia la vaina de la cimitarra que el cristiano habia asido, y frustrando de este modo su artificio, montó sobre su caballo, que habia estado observando atentamente sus movimientos, como si tuviera bastante razon para prever el resultado. Mas en el último encuentro el Sarraceno habia perdido la cimitarra y la aljaba, que pendian del cinturón. Tambien habia rodado al suelo el turbante:

cuyas desventajas le indujeron á poner término á las hostilidades. En efecto, acercóse al cristiano, con la mano derecha extendida, y no ya en la actitud del que amenaza.

— Treguas hay entre nuestras dos naciones, dijo el Moro en lengua franca, que era la que se usaba entre musulmanes y cruzados. ¿Porqué ha de haber guerra entre nosotros dos? Mas vale que estemos en paz.

— Que me place, respondió el caballero del Leopardo dormido. Pero ¿qué fianzas me das de la paz que me propones?

— Los que siguen al profeta, dijo el emir, no violan jamás la palabra que empeñan. Tú eres, valiente nazareno, el que deberías darme fianzas, si fuera posible que habitasen juntos la falsía y el valor.

El cristiano quedó confuso y como avergonzado de sus recelos.

— Por la cruz de mi espada, dijo poniendo la mano en el puño, juro que seré tu fiel compañero todo el tiempo que la suerte nos mantenga juntos.

— Por Mahoma, profeta de Dios, contestó

el musulman, y por Alah, Dios del profeta, juro no serte traidor, y puesto que se acerca la hora de dar descanso á nuestros miembros, encaminémonos á la fuente que allí se divisa y cuyos cristales apenas habian tocado mis labios, cuando me vistes salir á tu encuentro.

El caballero del Leopardo dormido cedió cortesmente á este convite, y los que poco antes eran enemigos, caminaron juntos hacia la fuente de los palmeros, sin lanzarse una mirada de odio ni de desconfianza.